

En un bosque muy oscuro

RUTH WARE

EN UN BOSQUE
MUY OSCURO

Traducción de
ANA HERRERA

RBA

Título original inglés: *In a Dark, Dark Wood*.

© Ruth Ware, 2015.

Publicado originalmente por

Harvill Secker, un sello de Vintage.

Vintage es parte del grupo de compañías

Penguin Random House.

© de la traducción: Ana Herrera Ferrer, 2017.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2017.

Av. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona

rbalibros.com

REF.: OBF1137

ISBN: 978-84-9056-690-9

DEPÓSITO LEGAL: B. 639-2017

ANGLOFORT, S.A. • PREIMPRESIÓN

Impreso en España • *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

PARA KATE; PARA LAS OTRAS TRES QUINTAS PARTES.
CON AMOR.

*En un bosque muy oscuro, una casa muy oscura,
y en la casa muy oscura, una sala muy oscura,
y en la sala muy oscura, un armario muy oscuro,
y en el armario muy oscuro... ¡un esqueleto!*

RIMA TRADICIONAL

Corro.

Corro a través de los bosques iluminados por la luna; las ramas me desgarran la ropa y los pies se me enredan en los helechos cargados de nieve.

Las zarzas me arañan las manos. La respiración se me entrecorta en la garganta. Me duele. Me duele todo.

Pero yo sigo corriendo. Corro. Es lo que se me da bien.

Cuando corro, siempre repito una cantinela, mentalmente. El tiempo que quiero hacer, o las frustraciones que voy eliminando al recorrer la pista.

Pero esta vez una sola palabra, un solo pensamiento repercute en mi interior.

James. James. James.

Tengo que llegar. Tengo que llegar a la carretera antes de que...

Y entonces aparece, de repente: una cinta negra de asfalto a la luz de la luna, y oigo el rugido de un motor que se acerca, y las rayas blancas brillan tanto, tanto, que me hieren los ojos, y los troncos negros de los árboles son como cuchilladas contra la luz.

¿Llego demasiado tarde?

Me esfuerzo más los últimos treinta metros, trope-

zando con árboles caídos, y el corazón me late a toda velocidad.

James.

Llego demasiado tarde... el coche está demasiado cerca, no puedo pararlo.

Me arrojé hacia el asfalto con los brazos extendidos.

—¡Alto!

1

Me duele. Me duele todo. La luz que se me clava en los ojos, el dolor que siento en la cabeza. Noto el hedor de la sangre en la nariz y también tengo las manos pegajosas de sangre.

—¿Leonora?

La voz me llega filtrada a través de una neblina de dolor.

Intento sacudir la cabeza y no consigo articular la palabra con los labios.

—Leonora, está usted a salvo, se encuentra en el hospital. Ahora la vamos a llevar para que le hagan un escáner.

Es una mujer, que habla con voz clara, alta. Su voz me duele.

—¿Quiere que llamemos a alguien?

Intento decir que no con la cabeza.

—No mueva la cabeza —me aconseja—. Tiene una herida.

—Nora —susurro.

—¿Quiere que nos pongamos en contacto con Nora? ¿Quién es Nora?

—Yo... me llamo...

—De acuerdo, Nora. Intente tranquilizarse. No le va a doler.

Pero sí que me duele.
Me duele todo.
¿Qué ha pasado?
¿Qué he hecho?

2

Supe, en cuanto me desperté, que aquel día tenía que correr por el parque; la ruta más larga que hago, casi quince kilómetros en total. El sol de otoño se filtraba por los estores de ratán y doraba las sábanas. Aspiré el olor de la lluvia que había caído por la noche y vi las hojas del plátano en la calle, abajo, cuyas puntas se estaban empezando a poner marrones. Cerré los ojos y me desperecé, escuchando los chasquidos y gemidos de la calefacción y el rugido amortiguado del tráfico, notando cada uno de mis músculos y regocijándome en el día que me esperaba.

Siempre empiezo la jornada de la misma manera. Quizá sea por el hecho de vivir sola: puedes coger tus propias costumbres, no hay nadie en el exterior que te interrumpa, no hay compañeros de piso que se te acaben los últimos restos de leche, ni gato alguno que expulse una bola de pelo en la alfombra. Sabes que lo que dejaste en el armario la noche anterior seguirá en el armario cuando te despiertes. Tú lo controlas todo.

O a lo mejor es el hecho de trabajar en casa. Cuando no tienes un trabajo de nueve a cinco, es muy fácil que los días se vuelvan amorfos y se confundan entre sí. A lo mejor estás todavía en pijama a las cinco de la tarde, y la única persona a la que has visto en todo el día

es el lechero. Hay días en que no oigo ni una sola voz humana, aparte de la radio, y ¿sabéis qué? Me gusta. Es una buena vida para una escritora, en muchos aspectos: estás a solas con las voces que tienes dentro de la cabeza, los personajes que tú misma has creado. En el silencio se vuelven muy reales. Pero no es la vida más sana del mundo que digamos. Así que es importante tener rutinas. Te da algo a lo que agarrarte, algo que diferencie los días laborables de los fines de semana.

Yo empiezo así por las mañanas.

A las seis y media exactamente se pone en marcha la calefacción, y ese rugido, cuando la caldera se dispara, siempre me despierta. Miro el teléfono (solo para comprobar que el mundo no se ha acabado por la noche) y luego me quedo allí echada, escuchando los crujidos del radiador.

A las siete en punto pongo la radio, ya sintonizada en el *Today Programme* de Radio 4, y alargando la mano, enciendo el interruptor de la cafetera, ya preparada con café y agua la noche anterior. Café molido Carte Noire, con el filtro de papel bien doblado. El tamaño de mi piso tiene algunas ventajas. Una de ellas es que puedo alcanzar la nevera y la cafetera sin salir de la cama.

El café normalmente ya ha salido cuando han acabado de leer los titulares, y entonces salgo de debajo de mi cálido edredón y me lo tomo, con un poquito de leche solamente y una tostada con mermelada de fram-buesa Bonne Maman (sin mantequilla, no porque haga dieta, sino porque no me gustan las dos cosas juntas).

Lo que ocurre después depende del tiempo. Si está lloviendo o no me apetece salir a correr, me ducho, consulto los mensajes de correo y empiezo a trabajar.

Aquel día, sin embargo, era espléndido, y yo estaba ansiosa por salir y notar las hojas bajo mis zapatillas deportivas y el viento en la cara. Ya me ducharía después de correr.

Saqué una camiseta, unas mallas y unos calcetines, y metí los pies en las zapatillas, que estaban donde las había dejado el día anterior, junto a la puerta. Luego bajé corriendo los tres tramos de escaleras hasta la calle y salí fuera, al mundo.

Cuando volví tenía mucho calor, sudaba y estaba cansada, así que me quedé largo rato bajo la ducha, pensando en la lista de cosas que tenía que hacer durante el día. Tenía que hacer otra compra online, porque casi no me quedaba comida. Tenía que repasar las pruebas de mi libro, porque había prometido devolverlas a mi editor esa misma semana, y ni siquiera había empezado a mirarlas. Y tenía que repasar los correos que había recibido a través del formulario de contactos de mi página web, cosa que no había hecho desde hacía siglos porque iba posponiéndolo todo el tiempo. La mayor parte eran spam, desde luego, porque, por muchos filtros que pongas, no hay manera de pararlos. Pero a veces eran cosas útiles, peticiones de notas publicitarias o ejemplares para reseñar. Y a veces... a veces había correos de lectores. Normalmente, si alguien te escribe es porque le ha gustado el libro, aunque había recibido algunos mensajes en los que me decían que era una persona horrible. Pero incluso cuando mis lectores eran amables me sentía rara e incómoda, era como leer a alguien que te cuenta su reacción a tus pensamientos más íntimos, como leer la opinión que

tiene alguien de tu diario. No estoy segura de que llegue a acostumbrarme nunca a esa sensación, por mucho que escriba. En parte, tal vez sea ese el motivo de que tenga que armarme de valor para leerlos.

Cuando me vestí, encendí el portátil y fui pasando despacio los correos, borrando a medida que avanzaba. Viagra. Promesas de que podría satisfacer a «mi mujer». Bellezas rusas.

Y de repente...

Para: Melanie Cho; kate.derby.02@DPW.gsi.gov.uk; T Deauxma; Kimayo, Liz; info@LNShaw.co.uk; Maria Tatibouet; Iris P. Westaway; Kate Owens; smurphy@shoutlinemedia.com; Nina da Souza; French, Chris

De: Florence Clay

Asunto: ¡¡DESPEDIDA DE SOLTERA DE CLARE!!

¿Clare? Yo no conocía a ninguna Clare, excepto...

El corazón me empezó a latir más deprisa. Pero no podía ser ella. No la había visto desde hacía diez años.

Durante un minuto dejé el dedo irracionalmente suspendido encima de la tecla de borrar. Luego hice clic y abrí el mensaje.

¡¡HOLA A TODAS!!

Para aquellas que no me conocáis aún, me llamo Flo y soy la mejor amiga de Clare de la universidad. Y soy también (tatatachán) ¡su dama de honor! Así que, según la tradición secular, debo organizar su ¡¡DESPEDIDA DE SOLTERA!!!

Ya he hablado con Clare y, como probablemente habréis adivinado, no quiere pollas de goma ni boas de plumas rosas. Así que vamos a hacer algo mucho más sofisticado: un fin de semana fuera, en un lugar cerca de

su antigua facultad, en Northumberland, ¡¡aunque creo que tendremos algunos jueguecitos picantes escondidos en la manga!!

El fin de semana que ha elegido Clare es del 14 al 16 de noviembre. Ya sé que os doy muy poco tiempo, pero no teníamos mucho donde elegir, entre compromisos de trabajo y Navidad y todo eso. Por favor, contestad enseguida.

Besos y abrazos... ¡¡Espero volver a ver a las antiguas amigas muy muy PRONTO!!

FLO

Me quedé contemplando la pantalla con el ceño fruncido, mordéndome una uña e intentando entender todo aquello.

Luego miré de nuevo la lista de destinatarios. Solo reconocía uno de los nombres: Nina da Souza.

Bueno, eso lo explicaba todo. Tenía que ser Clare Cavendish. No podía ser otra. Y yo sabía (o creía recordar) que había ido a la universidad en Durham, ¿o era Newcastle? Cosa que coincidía con lo de ir a Northumberland.

Pero ¿por qué? ¿Por qué me pedía Clare Cavendish que fuera a su despedida de soltera?

¿No podía ser un error? ¿Esa Flo no le habría cogido la agenda a Clare y enviado un mensaje a todas las personas que había encontrado allí?

Pero solo éramos doce... eso significaba que mi inclusión no podía ser un error, ¿no?

Me quedé sentada, mirando la pantalla, como si los píxeles pudieran dar respuesta a las preguntas que me empezaban a formar un nudo en el estómago. Casi deseé haberlo borrado sin leerlo.

De repente, no podía estar sentada. Me levanté, fui

hasta la puerta y luego volví a mi escritorio, donde me quedé de pie, mirando indecisa el ordenador.

Clare Cavendish. ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora?

No podía preguntárselo a esa tal Flo.

Solo había una persona en el mundo que quizá lo supiera.

Me senté. Y rápidamente, antes de que me diera tiempo a cambiar de opinión, redacté un mensaje de correo.

Para: Nina da Souza

De: Nora Shaw

Asunto: ¿Despedida de soltera?

Querida N, espero que estés bien. Debo reconocer que me he quedado un poco sorprendida al vernos a las dos en la lista de la despedida de soltera de Clare. ¿Vas a ir?

Besos

Y esperé la respuesta.

Los días siguientes traté de quitármelo de la cabeza. Estuve muy ocupada con el trabajo, intentando sumergirme en las minucias enrevesadas que eran las dudas del corrector, pero el mensaje de Florence era una presencia constante en algún rincón de mi mente y me distraía, como esa heridita en la punta de la lengua que te da un pinchazo cuando menos lo esperas, o como esa uña rota que no dejas de tocarte. El mensaje fue quedando cada vez más y más abajo en la bandeja de entrada, pero sabía que estaba ahí, con su banderita

de «no respondido» como un silencioso reproche, con las preguntas sin contestar que contenía como una queja insistente que destacaba en segundo plano en mi rutina diaria.

«Responde», le rogaba a Nina interiormente, mientras corría por el parque o me preparaba la cena o sencillamente miraba al infinito. Pensé en llamarla, pero no sabía qué decirle.

Y entonces, unos pocos días más tarde, estaba desayunando y repasando Twitter ociosamente en el teléfono cuando apareció la señal de «nuevo mensaje».

Era de Nina.

Bebí un sorbo de café y respiré hondo; luego hice clic y lo abrí.

De: Nina de Souza

A: Nora Shaw

Asunto: Re: ¿Despedida de soltera?

¡Colega! Cuánto tiempo sin hablar. Acabo de recibir tu mensaje... he estado trabajando hasta tarde en el hospital. Sinceramente, es lo último que quiero hacer. Recibí la invitación a la boda hace tiempo, pero esperaba escaparme de la despedida. ¿Vas a ir tú? ¿Hacemos un trato?

Yo iré solo si vas tú.

N.

Me acabé el café mirando la pantalla, con el dedo a punto de pulsar la tecla de «respuesta», pero sin hacer clic. Esperaba que Nina me respondiese al menos algunas de las preguntas que me rondaban por la cabeza durante los últimos días. ¿Cuándo era la boda? ¿Por qué invitarme a la despedida de soltera pero no a la boda? ¿Con quién se casaba?

«Hola, ¿sabes...?», empecé, pero luego lo borré. No. No podía preguntárselo directamente. Sería lo mismo que admitir que no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Siempre he sido demasiado orgullosa para admitir mi ignorancia. No me gusta estar en desventaja.

Intenté guardarme la pregunta en un rincón de la mente mientras me arreglaba y me daba una ducha. Pero cuando encendí el ordenador, había dos mensajes más sin leer en la bandeja de entrada.

El primero era un «no, gracias» pesaroso de una de las amigas de Clare, poniendo como excusa un cumpleaños familiar.

El segundo era otro mensaje de Flo. Esta vez había incluido una petición de confirmación de lectura.

Para: info@LNShaw.co.uk

De: Florence Clay

Asunto: Re: ¡¡DESPEDIDA DE SOLTERA DE CLARE!!

Querida Lee:

Perdona que insista, pero me preguntaba si habías recibido mi mensaje del otro día. Sé que ha pasado un poco de tiempo desde que viste a Clare por última vez, pero ella esperaba con MUCHA ilusión que pudieras venir. Habla a menudo de ti, y sé que le sabe muy mal que perdierais el contacto después del instituto. No sé lo que pasó, pero de verdad que le GUSTARÍA muchísimo que vinieras... ¿dirás que sí? Es justo lo que necesita para que el fin de semana sea perfecto.

FLO

El mensaje tendría que haberme halagado: que Clare deseara tanto que fuera, que Flo se hubiera tomado tantas molestias para localizarme... Pero no fue así. Al

contrario, me asaltó una especie de rabia al sentirme acosada y tuve la sensación de que habían invadido mi privacidad con lo de la confirmación de lectura. Parecía que me estaban controlando, espiando.

Cerré el correo y abrí el documento en el que estaba trabajando, pero, mientras lo hacía, apartando con decisión de mi mente todo pensamiento de la despedida de soltera, las palabras de Flo parpadeaban aún en el aire como un eco, incordiándome. «No sé lo que ocurrió». Parecía la queja de una niña. No, pensé con amargura. No lo sabes. Así que no hurgues en mi pasado.

Había jurado no volver nunca.

Nina era distinta... Nina vivía en Londres ahora, y ella y yo nos encontrábamos muy de vez en cuando por Hackney. Ella formaba parte tanto de mi vida en Reading como de la que ahora llevaba en Londres.

Pero Clare... Clare decididamente formaba parte del pasado, y yo quería que siguiera allí.

Y sin embargo una parte de mí, una parte pequeña, diminuta, que me molestaba y me remordía la conciencia, no quería.

Clare había sido amiga mía. Mi mejor amiga, durante mucho tiempo. Y, sin embargo, yo había huido de ella, sin mirar atrás, sin dejar siquiera un número. ¿Qué clase de amiga hace eso?

Me levanté, inquieta, y a falta de algo mejor que hacer, me preparé otra taza de café. Me quedé de pie mirando la cafetera eléctrica que gorgoteaba y susurraba, mordéndome las pieles de una uña y pensando en los diez años que habían transcurrido desde la última vez que la había visto. Cuando al fin la máquina

acabó, me serví una taza y me la llevé al escritorio, pero no empecé a trabajar de nuevo. En lugar de hacerlo, abrí Google y tecleé «Clare Cavendish Facebook».

Resultó que había un montón de Clare Cavendish, y el café se había quedado frío cuando al final encontré una que quizá pudiera ser ella. La foto de perfil era una instantánea de una pareja disfrazada de Doctor Who. Era difícil decirlo, debajo de aquella despeinada peluca roja, pero algo en la forma de aquella chica de echar la cabeza hacia atrás y reírse hizo que me detuviera, mientras iba pasando aquella lista infinita. El hombre iba vestido de Matt Smith, con el pelo lacio, unas gafas con montura de carey y pajarita. Hice clic en la foto para ampliarla y me quedé mirándolos largo rato, intentando adivinar sus rasgos bajo aquel pelo largo y rojo, y cuanto más la miraba, más me parecía que era Clare. Al hombre decididamente no lo conocía, de eso estaba segura.

Hice clic en el botón de «información». En «amigos comunes», decía «Nina da Souza». Decididamente era Clare. Y en «relaciones», decía: «en una relación con William Pilgrim». El nombre me dejó un poco perpleja. Me parecía familiar, de alguna manera indefinible. ¿Alguien del instituto? Pero el único William que había estudiado con nosotras era Will Miles. «Pilgrim». No recordaba a nadie llamado Pilgrim. Hice clic en la foto de perfil, pero era una foto anónima de una pinta de cerveza medio llena.

Volví a la foto de perfil de Clare y mientras la miraba, intentando decidir qué hacer, el mensaje de Flo resonó en mi interior: «Esperaba con tanta ilusión que pudieras venir... Habla mucho de ti...».

Noté que algo me oprimía el corazón. Culpabilidad, quizá.

Me fui sin mirar atrás, traumatizada, tambaleante, y durante mucho tiempo me concentré en poner un pie delante de otro, seguir andando, dejar firmemente el pasado a mi espalda.

Instinto de supervivencia: era lo único que me guiaba. No me había permitido a mí misma pensar en lo que había dejado atrás.

Pero ahora los ojos de Clare se clavaban en los míos, me lanzaban una mirada coqueta desde debajo de la peluca roja, y me pareció ver en ellos una súplica, un reproche.

Me puse a recordar sin querer. Recordé que era capaz de hacerme sentir la persona más feliz del mundo, solo con fijarse en mí en una habitación llena de gente. Recordé su risa gutural, ronca, las notas que me pasaba en clase, su perverso sentido del humor.

Recordé haber dormido en el suelo de su dormitorio con seis años quizá, mi primera noche fuera de casa, y haberme quedado allí tendida escuchando el suave suspiro de su aliento nocturno. Tuve una pesadilla y mojé la cama, pero Clare me abrazó y me dio su propio osito para que lo acunara mientras ella iba al armario de la ropa a coger unas sábanas limpias y escondía las otras en el cesto de la ropa sucia.

Recordé la voz de su madre en el rellano, ronca y adormilada, preguntando qué había pasado, y la rápida respuesta de Clare: «Se me ha caído la leche, mamá, y la cama de Lee se ha mojado».

Durante un segundo volví a aquel momento de hacía veinte años, como una niñita pequeña y asustada. Casi podía «oler» el perfume de su habitación: nuestro

aliento nocturno, que olía a cerrado, el dulce aroma de las perlas de baño que había en un frasco de cristal en el alféizar de su ventana, el olor a recién lavado de las sábanas limpias.

—No se lo cuentes a nadie —susurré yo, mientras poníamos las sábanas nuevas, y yo escondía el pantalón mojado del pijama en mi maleta.

Ella había negado con la cabeza.

—Claro que no.

Y nunca lo hizo.

Todavía estaba allí sentada cuando mi ordenador emitió un leve sonido al recibir otro mensaje de correo. Era de Nina. «Entonces ¿cuál es el plan? Flo insiste. ¿Hay trato o no? N.». Me levanté y fui hasta la puerta; notaba un hormigueo en los dedos por la estupidez de lo que estaba a punto de hacer. Luego volví y antes de poder cambiar de opinión, tecleé: «De acuerdo, sí. Besos».

La respuesta de Nina llegó una hora más tarde. «¡Hala! No te lo tomes a mal, pero me sorprende un poco. En el buen sentido, quiero decir. Pues quedamos entonces. Ni se te ocurra dejarme plantada. Recuerda que soy médica. Conozco al menos tres maneras de matarte sin dejar rastro. N.».

Respiré hondo, recuperé el mensaje original de Flo y empecé a escribir.

Querida Florence (¿Flo?):

Me encantaría asistir. Por favor, dale las gracias a Clare por pensar en mí. Tengo muchas ganas de reunirme con todas vosotras en Northumberland y ver a Clare.

Con mis mejores deseos, Nora (aunque Clare me conoce por Lee).

PD: Será mejor que uses esta dirección de correo en adelante. La otra no la consulto tan a menudo.

Después de eso, empezaron a llegar montones de mensajes. Hubo un chaparrón de mensajes «responder a todos» de disculpa, excusándose por la poca antelación. «Estoy fuera ese fin de semana... Lo siento, tengo que trabajar... Un funeral familiar...». (Nina: «Habrá un funeral para la próxima persona que abuse de la opción “responder a todos”».) «Me temo que estaré haciendo submarinismo en Cornualles...». (Nina: «¿Submarinismo? ¿En noviembre? ¿No se le ha ocurrido una excusa mejor? Madre mía, si hubiera sabido que el listón estaba tan bajo, habría dicho que estoy atrapada en una mina en Chile o algo así».)

Más trabajo. Más compromisos previos. Y entre unas respuestas y otras, algunas aceptaciones.

Al final la lista quedó decidida: Clare, Flo, Melanie, Tom (la respuesta que me envió Nina: «????»), Nina y yo.

Solo seis personas. No me parecían muchas, para alguien tan popular como Clare. Al menos, tan popular en el instituto. Pero es que era verdad, habían avisado con poco tiempo.

¿Por eso me habían invitado a mí? ¿De relleno, invitando hasta a las que solo podíamos ser el último recurso? Pero no, Clare no era así, o al menos la Clare que yo había conocido. La Clare que yo conocía habría invitado «exactamente» a las personas que quería y lo habría vendido como un plan taaaan exclusivo que solo se permitía formar parte de él a un puñado de personas.

Dejé a un lado mis recuerdos, enterrándolos bajo una manta de rutina. Pero seguían saliendo a la superficie, mientras iba corriendo, en mitad de la noche, cuando menos me lo esperaba.

¿Por qué Clare? ¿Por qué entonces?

Noviembre llegó a una velocidad pasmosa. Hice todo lo posible por arrumbar todo aquello al fondo de mi memoria y concentrarme en el trabajo, pero a medida que el fin de semana se acercaba, me resultaba cada vez más complicado. Corría por rutas cada vez más difíciles, intentando cansarme todo lo posible para dormir bien, pero en cuanto apoyaba la cabeza en la almohada, empezaban los susurros. «Diez años... Después de todo lo que pasó...». ¿Estaba cometiendo un terrible error?

Si no hubiera sido por Nina me habría echado atrás, pero el caso es que llegó el día 14 y allí estaba yo, con una bolsa en la mano, bajando del tren en Newcastle una mañana fría y desapacible. A mi lado, Nina se fumaba un cigarrillo liado a mano y refunfuñaba de lo lindo mientras yo compraba un café en el quiosco del andén de la estación. Era la tercera despedida de soltera a la que iba aquel año (calada al cigarrillo): se había gastado casi quinientas libras en la última (calada) y esta otra rondaría las mil, teniendo en cuenta la boda misma que iba después (suspiro). Sinceramente, habría preferido mandarles un cheque generoso y conservar las vacaciones anuales. Y por favor, mientras pisaba la colilla con sus finos tacones, ¿podía recor-

darle una vez más por qué no podía llevar con ella a Jess?

—Porque es una noche de despedida de soltera —dije yo. Recogí el café y seguí a Nina hacia la señal del aparcamiento—. Porque la gracia está en dejar a la pareja en casa. Si no, ¿por qué no traer también al puto novio, ya que estamos?

Nunca digo muchos tacos, pero con Nina sí. Parece que ella, no sé cómo, me los despierta, como si los tuviera dentro y solo estuvieran esperando a salir.

—¿Sigues sin conducir todavía? —preguntó Nina mientras colocábamos nuestro equipaje en la parte posterior del Ford alquilado. Yo me encogí de hombros.

—Es una de esas habilidades básicas de la vida que nunca he dominado. Lo siento.

—No te disculpes conmigo —dijo. Metió sus largas piernas en el asiento del conductor, cerró la puerta e introdujo las llaves en el contacto—. A mí no me gusta nada que me lleven. Conducir es como el karaoke: cuando lo haces tú es genial, cuando lo hacen los demás es vergonzoso o incluso alarmante.

—Bueno... es que... ya sabes... viviendo en Londres, un coche parece un lujo más que una necesidad. ¿No crees?

—Yo uso Zipcar para visitar a mis padres.

—Mmm... —Miré por la ventanilla mientras Nina pisaba el embrague. Dimos un pequeño saltito en el aparcamiento y luego ella por fin consiguió salir—. Australia está un poquito lejos para ir en Volvo.

—Ay, Dios mío, me olvidaba de que tu madre había emigrado con... ¿cómo se llama? ¿Tu padrastro?

—Philip —dije—. ¿Por qué me siento siempre como

una adolescente enfurruñada cuando digo su nombre? Es un nombre normalísimo.

Nina me dirigió una mirada intensa y luego hizo un gesto con la cabeza hacia el GPS.

—Ponlo en marcha, ¿quieres? Y mete el código postal que nos dio Flo. Es nuestra única esperanza de llegar al centro de Newcastle sanas y salvas.

Westerhope, Throckley, Stanegate, Haltwhistle, Wark... Los carteles pasaban velozmente como una especie de poema y la carretera se iba desplegando ante nosotras como una cinta de color gris acero a través de colinas bajas y páramos donde pastaban las ovejas. El cielo estaba nublado y era enorme, pero los pequeños edificios de piedra junto a los que pasábamos a intervalos estaban acurrucados en lo más hondo del paisaje, como si tuvieran miedo de ser vistos. Yo no tenía que hacer de copiloto, y si leo cuando voy en coche me mareo y me encuentro mal, así que cerré los ojos y me aislé de Nina y del sonido de la radio, encerrada a solas en mi cabeza, con las preguntas que seguían incordiándome.

¿Por qué yo, Clare? ¿Por qué ahora?

¿Era, sencillamente, que se iba a casar y quería reavivar una antigua amistad? Si hubiera sido así, ¿no me habría invitado a la boda? Había invitado a Nina, estaba claro, de modo que no se trataba de una ceremonia solo para la familia ni nada parecido.

En mi imaginación, Clare sacudió la cabeza y me amonestó, diciéndome que tuviera paciencia, que esperase. A Clare siempre le habían gustado los secretos. Su pasatiempo favorito era averiguar algo de ti y luego

hacer insinuaciones. No propagarlo por ahí, solo hacer referencias veladas en alguna conversación, referencias que solo comprendieseis ella y tú. Referencias para que «supieras».

Nos paramos a almorzar en Hexham y para que Nina pudiera fumarse un cigarrillo, y luego seguimos hacia Kielder Forest por carreteras rurales, donde el horizonte se volvía mucho más amplio. Pero a medida que las carreteras se hacían más estrechas, los árboles parecían acercarse cada vez más, pegándose a la turba bien recortada, hasta que quedaron como centinelas a ambos lados de la carretera, separados de esta por un delgado murete de piedra seca.

Al entrar en el bosque propiamente dicho, la cobertura del GPS disminuyó de pronto y luego desapareció.

—Espera —dije mientras buscaba en el bolso—. Tengo impresas las indicaciones que nos mandó Flo por e-mail.

—Bueno, chica, eres la perfecta exploradora —dijo Nina, pero noté alivio en su voz—. Pero ¿qué tiene de malo un iPhone?

—Esto es lo que tiene de malo —dije. Le tendí mi móvil, que intentaba cargar Google Maps sin cesar y no conseguía acabar de hacerlo—. Desaparece impredeciblemente. —Leí las indicaciones impresas. «La Casa de Cristal», ponía en el encabezamiento, «Stanebridge Road». Vale, ahora a la derecha. Una curva y luego a la derecha otra vez, en cualquier momento... —El desvío pasó velozmente y dije, creo que con moderación—: Era por ahí. Me parece que nos lo hemos saltado.

—¡Vaya copiloto de mierda que estás hecha!

—¿Cómo?

—Se supone que debes decirme por dónde girar «antes» de que lleguemos, ¿sabes? —Imitó la voz robótica de un GPS—: Desvíese a la izquierda en... cincuenta metros... Desvíese a la izquierda en... treinta metros. Dé la vuelta cuando lo considere seguro, porque se ha pasado el desvío.

—Bueno, pues dé la vuelta cuando lo considere seguro, señorita. Se ha pasado el desvío.

—Y una mierda, seguro...

Nina pisó el freno y dio una vuelta en redondo, de mal humor, en otra curva de la carretera forestal. Yo cerré los ojos.

—¿Qué decías de no sé qué de un karaoke?

—Bah, es una carretera sin salida, no venía nadie.

—Aparte de la media docena de invitadas más a esta despedida de soltera.

Abrí los ojos con precaución y vi que íbamos en la dirección contraria y cogiendo velocidad.

—Vale, es aquí. Parece un sendero en el mapa, pero Flo lo marcó.

—Es que es un sendero...

Dio un volantazo, pasamos dando tumbos por la abertura y el cochecito empezó a adentrarse a saltos por un camino fangoso lleno de rodadas.

—Creo que el término técnico es «camino sin pavimentar» —dije sin aliento, mientras Nina bordeaba una zanja enorme llena de barro que parecía un abrevadero para hipopótamos, y daba la vuelta a otra curva más.

—¿Será este el camino de su casa? Debe de haber casi un kilómetro de camino aquí.

Estábamos en el último mapa impreso, tan grande que parecía prácticamente una foto aérea, y no veía ninguna otra casa marcada.

—Si es el camino de su casa —dijo Nina entrecortadamente, mientras el coche rebotaba en otra rodada—, deberían mantenerlo un poco, joder. Si le rompo el chasis a este coche alquilado, demando a alguien. No me importa a quién, pero yo no lo voy a pagar, joder.

Pero cuando cogimos la siguiente curva, de repente ya estábamos allí. Nina introdujo el coche por una cancela estrecha, aparcó y apagó el motor, y las dos salimos y miramos la casa que teníamos delante.

No sé qué era lo que habíamos esperado, pero aquello no. Una casita de campo con el techo de paja quizá, con vigas de madera y techos bajos. Lo que se alzaba en aquel claro del bosque era una extraordinaria mole de cristal y acero que parecía haber sido arrojada caprichosamente por un niño cansado de jugar con un juego de construcción muy minimalista. Parecía tan absolutamente fuera de lugar allí que tanto Nina como yo nos quedamos mirándola con la boca abierta.

La puerta se abrió y, tras ver un destello de pelo rubio, me entró un pánico absoluto durante un segundo. Era un error. No tenía que haber acudido nunca allí, pero ya era demasiado tarde para echarme atrás.

De pie en la puerta se encontraba Clare.

Solo que... distinta.

Habían pasado nada menos que diez años, me recordé a mí misma. La gente cambia, engorda. No so-

mos las mismas personas a los dieciséis que a los veintiséis... yo, más que nadie, debería saberlo.

Pero Clare... era como si algo se hubiera roto, como si la luz que tenía en su interior se hubiese apagado.

Luego habló y la ilusión desapareció. Su voz era la única cosa que no parecía en absoluto de Clare. Era muy profunda, mientras que la de Clare era aguda e infantil, y muy, muy pija.

—¡Hola! —exclamó y, de alguna manera, su tono puso en la palabra tres signos de admiración. Supe, antes de que volviera a hablar, quién era—. ¡Soy Flo!

¿Sabéis cuando ves al hermano o hermana de alguien famoso y es como si los estuvieras viendo a ellos, pero deformados por uno de esos espejos de feria? Solo que es un espejo que distorsiona tan sutilmente que se hace difícil señalar con el dedo lo que es diferente, y solo sabemos que sí, que «es» diferente. Se ha perdido alguna esencia, se ha dado una nota falsa en la canción.

Así era la chica que estaba en la puerta principal.

—Ay, Dios mío —dijo—. ¡Qué alegría veros! Debéis de ser... —Me miró a mí y luego a Nina, y escogió la opción fácil.

Nina mide metro ochenta y cinco y es brasileña. Bueno, su padre es brasileño. Ella nació en Reading, y su madre es de Dalston. Tiene el perfil de un halcón y el pelo de Eva Longoria.

—Nina, ¿verdad?

—Ajá. —Nina le tendió una mano—. Y tú eres Flo, ¿no?

—¡Sip!

Nina me echó una mirada que me desafiaba a que me riera si me atrevía. Nunca pensé que la gente nor-

mal pudiera decir «sip», o si lo decían, seguro que les daban un puñetazo en el instituto, o se reían de ellos en la universidad. Quizá Flo fuese más dura.

Flo le estrechó la mano a Nina, entusiasmada, y luego se volvió hacia mí con una sonrisa radiante.

—En ese caso tú debes de ser... Lee, ¿verdad?

—Nora —dije paciente.

—¿Nora?

Frunció el ceño, perpleja.

—Me llamo Leonora —dije—. En el instituto era Lee, pero ahora prefiero Nora. Te lo dije en el mensaje de correo.

Siempre había odiado que me llamaran Lee. Era un nombre de chico, un nombre que se prestaba a bromas y rimas. «Lee Lee se está haciendo pipí». Y con mi apellido, Shaw: «Lee Shaw tiene el pelo li-so».

Lee estaba muerta y enterrada. Al menos, eso esperaba.

—Ah, vale. Tengo una prima que se llama Leonora. La llamamos Leo.

Intenté que no se notara el estremecimiento. No, Leo no. Leo «jamás». Solo una persona en el mundo me llamaba así.

El silencio se prolongó, hasta que Flo lo rompió con una risita alegre.

—¡Ah! Muy bien. OK. ¡Nos vamos a divertir un montón! Clare no ha llegado todavía... pero como dama de honor, me ha parecido que tenía que cumplir con mi deber y llegar la primera.

—¿Qué espantosas torturas tienes preparadas para nosotras? —preguntó Nina mientras tiraba de su maleta atravesando el umbral—. ¿Boas de plumas? ¿Penes de chocolate? Te lo advierto, soy alérgica a todo

eso... me da un choque anafiláctico. No me obligues a sacar mi boli de epinefrina.

Flo se rio nerviosamente. Me miró y luego volvió a mirar a Nina, sin acabar de comprender si bromeaba o no. Es difícil saber si Nina habla en serio, si no la conoces. Nina le devolvió la mirada, muy seria, y me di cuenta de que estaba pensando en agitar el cebo un poquito más en el anzuelo.

—Encantadora... casa —dije yo intentando adelantarme a ella, aunque en realidad «encantadora» no era la palabra adecuada.

A pesar de los árboles que lo flanqueaban, aquel edificio quedaba penosamente expuesto, ofreciendo su enorme fachada de cristal a los ojos de todo el valle.

—¿Verdad que sí? —sonrió Flo, aliviada al volver a un terreno seguro—. En realidad es la casa de veraneo de mi tía, pero no viene mucho en invierno... demasiado aislada. El salón está por ahí...

Nos llevó a través de un vestíbulo que resonaba, de techo tan alto como la casa, hacia una sala larga y baja cuya pared opuesta, toda de cristal, daba al bosque. La casa mostraba una extraña desnudez, como si estuviéramos en un escenario representando nuestro papel ante un público que nos miraba desde el bosque. Sentí un escalofrío y, tras dar la espalda al cristal, examiné la sala. A pesar de los sofás largos y mullidos, parecía extrañamente vacía, y al cabo de un segundo me di cuenta del motivo. No era solo la ausencia de desorden y la decoración minimalista (tres macetas en la repisa de la chimenea, un cuadro de Mark Rothko en la pared), sino el hecho de que no había ni un solo libro en toda la casa. Tampoco parecía una casita de

vacaciones, a decir verdad: en todas las que había visitado, siempre tenían un estante con manoseados ejemplares de Dan Brown o Agatha Christie. Parecía más bien una casa de exhibición.

—El fijo está aquí. —Flo señaló un antiguo teléfono de los de disco que parecía extrañamente discordante en aquel entorno tan moderno—. La cobertura de móvil es bastante incierta, así que podéis usarlo cuando queráis.

Pero yo no miraba el teléfono, en realidad. Por encima de la moderna y escueta chimenea se encontraba algo mucho más fuera de lugar aún: una escopeta muy limpia, colgada de unos ganchos de madera incrustados en la pared. Parecía como si la hubieran trasplantado de algún pub campestre. ¿Era de verdad?

Intenté apartar los ojos al darme cuenta de que Flo todavía seguía hablando.

—...y arriba están los dormitorios —acabó—. ¿Queréis que os eche una mano con las maletas?

—No, ya puedo yo —dije y, al mismo tiempo, Nina contestó:

—Bueno, si no te importa...

Flo pareció un poco desconcertada, pero cogió obedientemente la enorme maleta con ruedas de Nina y empezó a arrastrarla escaleras arriba por los peldaños de cristal esmerilado.

—Como iba diciendo —jadeó al dar la vuelta al poste de arranque—, hay cuatro habitaciones. Creo que Clare y yo dormiremos en una, vosotras dos en otra, y Tom tendrá la suya propia, claro.

—Claro —asintió Nina con una expresión muy seria.

Yo estaba demasiado ocupada asimilando la noti-

cia de que compartiría habitación. Había supuesto que tendría un espacio para mí sola donde retirarme.

—Y eso nos deja a Mels... Melanie, ya sabéis, sola. Tiene un bebé de seis meses, así que he pensado que de nosotras, las chicas, es la que más se merece una habitación para ella sola.

—¿Cómo? No se lo habrá traído, ¿no? —dijo Nina, que parecía alarmada de verdad.

Flo soltó una risa como un graznido y luego se llevó la mano a la boca, ahogando el ruido con timidez.

—¡No! Pero probablemente necesitará una buena noche de sueño mucho más que las demás.

—Ah, vale. —Nina echó un vistazo a una de las habitaciones—. ¿Cuál es la nuestra, pues?

—Las dos que están al fondo son las más grandes. Lee y tú podéis quedaros la de la derecha, si os parece, tiene dos camas. En la otra hay una cama grande, pero a mí no me importa dormir en la misma cama que Clare.

Se detuvo en el rellano, respirando hondo, e hizo un gesto hacia una puerta de madera clara que se encontraba a mano derecha.

—Ahí está.

Dentro se encontraban dos camas blancas y sencillas y un tocador, todo tan anónimo como si fuera una habitación de hotel; frente a las camas, la obligatoria y espantosa pared de cristal que miraba hacia el norte, hacia el bosque de pinos. Allí era difícil de entender. El terreno subía un poco por la parte de atrás de la casa y, por tanto, no había vistas espectaculares, como desde la parte delantera. Al contrario, el efecto era más bien claustrofóbico: un muro de un verde oscuro, que ya iba sumiéndose en las sombras, con el sol poniente.

A cada lado se encontraban descorridas unas gruesas cortinas de color crema, y tuve que contener las ansias de correrlas enseguida para tapar la enorme extensión de cristal.

Detrás de mí, Flo dejó caer la maleta de Nina en el suelo de golpe. Me volví y ella sonrió: una sonrisa enorme que, de repente, la hizo parecer casi tan guapa como Clare.

—¿Tenéis alguna pregunta?

—Sí —contestó Nina—. ¿Os importa si fumo aquí dentro?

Flo puso cara de desolación.

—Me temo que a mi tía no le gusta que se fume dentro de casa. Pero tienes el balcón. —Se peleó durante un momento con una puerta plegable en el muro de cristal y, al final, consiguió abrirla—. Puedes fumar fuera, si quieres.

—Estupendo —dijo Nina—. Gracias.

Flo se peleó de nuevo con la puerta y la acabó cerrando. Se irguió, con la cara colorada por el esfuerzo, y se sacudió las manos en la falda.

—Vale. Bueno, os dejo deshacer el equipaje. Nos vemos abajo, ¿sip?

—¡Sip! —dijo entusiasmada Nina.

Yo intenté disimular diciendo «¡Gracias!» en un tono innecesariamente alto, lo cual me hizo sonar extrañamente agresiva.

—¡Ah, pues vale! ¡OK! —dijo Flo insegura, y luego salió por la puerta y se fue.

—Nina... —dije como advertencia, mientras ella se acercaba a mirar el bosque de fuera.

—¿Qué? —me dijo por encima del hombro. Y luego—: Así que Tom es definitivamente del género mas-

culino, a juzgar por la decisión de Flo de apartar sus frenéticos cromosomas Y de nuestras delicadas partes femeninas.

No pude evitar soltar una risa. Eso es lo que pasa con Nina. Le perdonas cosas que a otras personas jamás les perdonarías.

—Creo que probablemente será gay... ¿no te parece? Si no, ¿por qué iba a estar en una despedida de soltera?

—Pues, contrariamente a lo que tú crees, batear por el otro equipo no te cambia el sexo, en realidad... creo. A ver, espera... —Bajó la vista hacia su pecho—. Sí, siguen ahí, con su copa D, presentes y en forma.

—No quería decir eso, y lo sabes perfectamente.

Dejé mi propia maleta en la cama de un golpe, pero entonces me acordé de la bolsa de aseo y la abrí con más cuidado. Mis zapatillas de deporte iban encima de todo, y las coloqué pulcramente junto a la puerta, a modo de pequeña y tranquilizadora señal de «salida de emergencia».

—Las despedidas de soltera —proseguí— son en parte una apreciación de las formas masculinas. Eso es lo que tienen en común las mujeres con los hombres gais.

—Vaya, y me lo dices ahora. Tenías pensada una excusa perfecta y nunca la habías sacado hasta ahora. ¿Podrías responder a todos los remitentes de mi próxima invitación a una despedida de soltera diciendo: «Lo siento, Nina no puede ir porque no aprecia las formas masculinas»?

—Por el amor de Dios, he dicho «en parte».

—Vale, de acuerdo. —Se volvió hacia la ventana y miró fuera, al bosque. Los troncos de los árboles eran

como oscuras manchas entre el verde del ocaso. Su voz sonó trágicamente rota—. Estoy acostumbrada a que me excluyan de la sociedad heteronormativa.

—Que te den —dije malhumorada, pero cuando ella se volvió se estaba riendo.

—En resumidas cuentas, ¿qué hacemos aquí? —preguntó echándose de espaldas en una de las camas y quitándose los zapatos de una patada—. No sé tú, pero yo hace tres años que no veo a Clare.

No dije nada. No sabía qué decir.

¿Por qué habíamos venido? ¿Por qué me había invitado Clare?

—Nina... —empecé. Pero tenía un nudo en la garganta y noté que el corazón se me aceleraba—. Nina, ¿quién...?

Pero antes de que pudiera terminar, el sonido de unos golpes invadió la habitación y resonó en el vestíbulo vacío.

Había alguien en la entrada.

De repente, no estaba segura de estar preparada para recibir la respuesta a mis preguntas.